

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Hemos llegado al trigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario. Recuerdo que este año estamos en el ciclo C de lecturas dominicales. La liturgia de la Palabra de este domingo nos propone reflexionar con el capítulo séptimo del segundo Libro de los Macabeos, seguimos leyendo la Segunda Carta del Apóstol Pablo a los Tesalonicenses, esta vez es el capítulo 2, y pasamos a leer el capítulo 20 del Evangelio según san Lucas. El salmo responsorial de la celebración de hoy es el 16: "Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor".

Al acercarnos al final del año litúrgico, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre lo que vendrá, sobre nuestro futuro como hijos de Dios. Es claro que para el creyente la mayor promesa es la resurrección para la vida eterna, prometida por Dios para sus hijos. Jesús con su sacrificio de Cruz mostró que el camino de la salvación puede ser duro, hasta dar la vida, pero con su Resurrección dio la más elocuente demostración de lo que espera a los que se mantienen fieles a su palabra. Con su Resurrección, Jesús demostró que las promesas del Padre no quedarán sin cumplirse, sino que son el bien más seguro que podemos tener por pertenecer a él. Es la convicción mayor que han tenido tantas personas que han vivido su fe de una manera profunda, ayudando al prójimo y entregando su vida por la salvación de los demás. Son los santos que veneramos, que ya fueron llamados por Dios a la casa celestial, y son los santos que viven hoy, entre nosotros, quienes con su amor a Dios y su amor por los demás nos siguen diciendo que hay un más allá de gozo y de alegría, que hay una resurrección que nos espera para estar eternamente con nuestro creador, con el Dios que tanto nos ama.

Es la convicción que mostraron los siete hermanos que nos presenta el Libro de los Macabeos. Todos sometidos a suplicios, todos obligados a desobedecer las leyes de Dios, pero gracias a la férrea fe que tenían, y sobre todo a la convicción de que la muerte no es el final del camino, uno a uno fue entregando su vida dando testimonio de Dios y del bien que les espera después de la resurrección. Para sus verdugos la muerte era quitarles la existencia, la vida, pero para ellos la muerte es la puerta que los lleva a estar con su creador. Y Jesús confirma esta doctrina de la resurrección en su diálogo con los saduceos, personas que no creían en la resurrección. Para poner a prueba a Jesús le plantean el caso de un hombre que se casa, y muere, y por las leyes de Moisés, para poder dar descendencia a ese hombre, un hermano debía casarse con la viuda. Pues resulta que este hombre tenía siete hermanos, todos se casaron con la viuda porque ninguno fue capaz de procrear con la señora, que al final también falleció. La pregunta de los saduceos era de quién iba a ser esposa en la resurrección, porque los siete estuvieron casados con ella. Lo que permite a Jesús aclarar que el estado de la resurrección es distinto a este en el que vivimos ahora, después de resucitados ya no estaremos sometidos a las leyes de la tierra, porque esta también pasará. Sino, miremos cómo

se presentó Jesús después de resucitado, libre de cualquier limitación material o temporal, como estaremos todos cuando resucitemos.

A la resurrección estamos llamados todos, por ser creaturas de Dios, pero lo que no está determinado es lo que sucederá después de esa resurrección. Porque tendremos un juicio, y por nuestras obras haremos que esa resurrección sea para la vida eterna con Dios, o para el castigo eterno con el enemigo. No hay más alternativas. Y eso no se decide allá, donde será la resurrección, sino que eso día a día lo vamos determinando con nuestras obras. Por eso San Pablo al escribir a los Tesalonicenses, pide rezar para que la palabra de Dios siga el avance glorioso que comenzó en nosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados. También para que nos dé fuerzas y nos libre del malo, del maligno, como decimos en el Padre Nuestro. Entonces es claro que con nuestra oración, con nuestra entrega a Dios, vamos reforzando esa presencia de Dios en nuestras vidas que al final permitirá que en la resurrección estemos con .

Hermano, hermana que me escuchas, en estos tiempos en los que se vive como si el mañana no existiera, donde todo se vive en lo inmediato, la Iglesia nos recuerda que nuestra vida es pasajera, que este mundo es temporal, y que lo definitivo viene de Dios con la resurrección, a la que debemos aspirar por las buenas obras que como cristianos debemos hacer.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)